

seado por el mundo, pero que sin embargo se resigna á ello.

El traje de la jóven pregonaba, por su elegancia exquisita, la riqueza y el rango de quien lo ostentaba. Un vestido verde mar, de ese color que sólo pueden afrontar los encages más finos, realzaba la nívea blancura de un pecho castamente descubierto, del que, como el pistilo de la corola de una flor, partía un cuello de alabastrina transparencia, cuyos delicados contornos besaba una gargantilla planchada y delicadamente bordada. La basquiña, de tela de plata, se inundaba de luz, y algunos puntos brillantes delataban el oriente de las perlas de que estaba cubierta. Los cabellos, que, impregnados de vivos reflejos, formaban al rededor de su frente una diadema de pequeños rizos de oro, bien se necesitaba para cantarlos veinte sonetos con todos los concetti italianos y las agudezas españolas. Aunque la jóven no se hubiese quitado todavía la máscara, la sala entera estaba ya deslumbrada por aquella beldad; lo que de ella se veía respondía del resto; la barba delicada y pura, el corte perfecto de la boca, encarnada como la frambuesa, y cuyo carmin cobraba mayor fuerza á la vecindad del negro terciopelo de la carátula; el óvalo prolongado, gracioso y correcto del rostro, la perfeccion ideal de una preciosa oreja que hubiera podido creerse cincelada en un pedazo de ágata por Benvenuto Cellini, eran encantos suficientes para ser envidiados de las diosas.

Incomodada sin duda por el calor de la sala ó quizás queriendo dispensar á los mortales una generosidad de que estos no son muy acreedores, la jóven se quitó al breve rato el odioso pedazo de carton que eclipsaba á medias su esplendor. Viéronse entonces sus encantadores ojos cuyas translúcidas pupilas brillaban cual lazúlitas entre largas pestañas de oro bruñido, su nariz, semi griega, semi aguileña, y sus mejillas teñidas de un ligero carmin al lado del que hubiera parecido terroso el color de la más fresca rosa. Era Yolanda de Foix, Yolanda, á quien la envidia de las mujeres, sintiendo amenazado su triunfo y previéndose reducidas al estado de



feas agraciadas, habia reconocido antes de que se hubiese quitado la máscara.

Paseando una mirada por la conmovida concurrencia, la beldad se acodó sobre el repecho del palco, la mano apoyada contra la mejilla en actitud que hubiera creado la reputacion de un escultor de imágenes, si un artista, griego que fuese ó romano, pudiese inventarla tan graciosamente distraida y de elegancia tan natural.

—Sobre todo, tío, no os durmais,—dijo en voz baja la jóven al anciano caballero, quien al punto desencajó los ojos y se movió en su asiento como buscando una posicion más cómoda,—esto seria para mí desagradable, y contrario á las leyes de la antigua caballería que ensalzais á todas horas.

—Tranquilizaos, sobrina, cuando las simplezas y vaciedades que declaman esos cómicos, cuyos asuntos me importan un comino, me fastidien de tal suerte, os miraré y de repente mis ojos se abrirán lucientes como los del basilisco.

Mientras tío y sobrina andaban en estas razones, el capitán Estruendo, caminando como un par de tijeras forzadas, avanzó hasta cerca de las candilejas, girando unos ojos furibundos y dando á su actitud el aspecto más provocador y presuntuoso del mundo.

La entrada del actor favorito en escena, fué acogida con una frenética y unánime salva de aplausos, y la atencion se desvió por un momento de Yolanda. Del seguro, Sigognac nada tenia de vanidoso, y su orgullo de noble despreciaba el oficio de cómico á que la necesidad le obligaba. Sin embargo no nos atreveríamos á afirmar que no halagase algo su amor propio aquella calurosa demostracion. La gloria de los histriones, gladiadores y pantomimos, ha dado celos algunas veces á personajes de elevada posicion; emperadores romanos y Césares, señores del mundo, no se desdenaron de disputar, en el circo ó en el teatro, coronas de cantores, mímicos, gladiadores y cócheros, cuando tantas otras ceñian ya

sus sienés, y de ello es buen ejemplo *Ænobarbus Neron*, para no hablar de otro que del más célebre.

Cuando cesaron las palmadas, el capitán Estruendo paseó por la sala esa mirada habitual del actor para asegurarse de que los bancos están llenos y adivinar el humor alegre ó avinagrado del público sobre el que se amolda, tomándose ó no ciertas libertades.

De repente el Barón quedó como deslumbrado; las luces se agrandaron como soles, luego le pareció verlas negras sobre un fondo luminoso; las cabezas de los espectadores, que distinguia confusamente á sus piés, desaparecieron bajo una especie de niebla informe; se sintió mojado desde la raiz de los cabellos hasta el talon por un sudor ardiente al brotar, pero helado al instante; sus piernas, más blandas que algodón, se doblaron sobre sí mismas, y parecióle que las tablas del escenario le subian hasta la cintura. Tenia seca, árida la boca; sentia anudada la garganta cual si se la oprimiera la argolla del garrote, y las palabras que debia pronunciar se escapaban de su mente despavoridas, en tumulto, tropezando y enredándose como pájaros que huyen de su jaula abierta. Sangre fria, dominio de sí mismo, memoria, todo habia desaparecido á la vez, cual si invisible rayo le hubiese herido, y poco faltó como no cayó muerto de bruces encima de las candilejas. Acababa de ver á Yolanda de Foix, tranquila y radiante en su palco y fijando en él sus hermosos ojos garzos.

¡Oh vergüenza! ¡oh rabia! ¡oh mala pasada del destino! ¡oh contratiempo por demás importuno para un alma noble! ¡ser visto, bajo un disfraz grotesco, en aquella ocupacion indigna y baja de divertir al público con chocarrerías, por una dama tan altiva, tan arrogante, tan desdenosa, delante de quien, para humillarla y aplastar su soberbia, no hubiera querido hacer más que acciones magnánimas, heroicas, sobrenaturales! ¡Y no poder sustraerse, desaparecer, hundirse en las entrañas de la tierra! Sigognac acarició por un instan-



te la idea de huir, de lanzarse por el telon del fondo haciendo en él un agujero con su cabeza como con una ballesta; pero tenia en los piés las suelas de plomo que algunos pretenden usan ciertos andarines en sus ejercicios para despues correr más ligeros; un poder desconocido le tenia clavado en la escena perdido, admirado, estúpido, con gran estrañeza del Intrigante, quien, creyendo que el capitan Estruendo habia perdido la memoria, le soplabá, por lo bajo, los primeros versos de su relato.

El público creyó que el actor, antes de comenzar, deseaba una segunda salva de aplausos, y se puso á palmotear, á patalear, á hacer la demostracion más ruidosa que ha presenciado jamás teatro alguno, dando con esto tiempo á Sigognac de que recobrase el sentimiento de su situacion. Hizo el jóven un supremo esfuerzo de voluntad y entró violentamente en posicion de sí mismo.

—Tengamos al ménos la gloria de nuestra infamia,—dijo para sí, afirmándose sobre sus piernas;—sólo me faltaria verme silbado delante de ella y recibir en su presencia una granizada de patatas y de huevos duros. Tal vez no me haya reconocido detrás de esta innoble máscara. ¿Quién supondria un Sigognac debajo de este traje de mono sabio pintorreado de rojo y amarillo? ¡Ea! valor, y salga el sol por Antequera. Hagamos de tripas corazon. Si trabajo bien, la ingrata me aplaudirá, lo que de veras será un señalado triunfo dado su carácter ultrajante.

Sigognac se hizo estas reflexiones en ménos tiempo del que empleamos para escribirlas, pues la pluma no puede seguir la rapidez del pensamiento, mientras declamaba su larga tirada de versos con sonidos de voz tan singulares, entonaciones tan inesperadas, una furia cómica tan endiablada, que el público estalló en bravos; la misma Yolanda, aunque pareciese no gustar de tales farsas, no pudo ménos de sonreír. El tio de esta, el voluminoso comendador, estaba perfectamente despierto, y daba una contra otra sus gotosas manos

en señal de satisfaccion. El desgraciado Sigognac, llevado al desespero por la exageracion de su papel, extenuado por sus chocarrerías, por la locura de sus bravatas, parecia querer mofarse de sí mismo y llevar el escarnio de su suerte hasta los últimos límites; arrojaba á sus piés dignidad, nobleza, respeto de sí mismo, recuerdo de los antepasados, y los pisoteaba con satisfaccion delirante y frenética.

—Debes de estar contenta, Fortuna adversa, puesto que me ves bastante humillado, por demás profundamente hundido en la abyeccion,—pensaba el pobre Sigognac mientras recibia los palos, papirotos y puntapiés;—no tenias bastante con hacerme miserable, que me has vuelto ridículo y me obligas por un cobarde capricho á deshonorarme delante de esa altiva beldad. ¿Qué más exiges de mí?

A veces la cólera se apoderaba de él y se erguia bajo el baston de Leandro en actitud tan formidable y peligrosa, que este retrocedia de miedo; pero, recobrando por un brusco sobresalto el sentimiento de su papel, temblaba de piés á cabeza, daba uno contra otro los dientes, vacilaba sobre sus piernas, tartamudeaba, y ofrecia, con gran regocijo de los espectadores, las señales todas de la cobardía más insigne.

Aquel cúmulo de extravagancias, que hubieran parecido ridículas en un papel ménos cargado que el de Matamoros, eran atribuidas por el público á la imaginacion del actor, de hecho entrado en la piel del personage, y no dejaban de producir su efecto. Isabel era la única que habia adivinado la causa de la perturbacion de Sigognac: la presencia en el teatro de aquella insolente cazadora cuyas facciones le habian quedado indeleblemente grabadas en la memoria. Mientras desempeñaba su papel, la jóven dirigia al soslayo sus ojos hácia el palco donde estaba con el orgullo desdeñoso y tranquilo de una perfeccion segura de sí misma, la altiva beldad que, en su humildad, no osaba Isabel llamar su rival, y encontraba un amargo dulzor en constatar aquella superioridad fatal, diciéndose que ninguna mujer hubiera podido luchar



en atractivos contra aquella diosa, cuyos encantos le dieron á comprender los amores insensatos que excita á veces en las gentes del pueblo la gracia sin igual de alguna jóven reina aparecida en un triunfo ó ceremonia pública, amores seguidos de locura, encarcelamientos y suplicios.

Sigognac por su parte se habia decidido á no mirar á Yolanda, temeroso de verse arrebatado por un trasporte súbito, y, extraviada la razon, cometer en público algun despropósito extravagante que le deshonrase. Procuraba, por el contrario, calmarse fijando su vista, cuando se lo permitia el papel, en la dulce y buena Isabel, cuyo encantador semblante, teñido de una ligera tristeza que explicaba la odiosa tiranía de un padre que, en la comedia, queria casarla contra su voluntad, daba á su alma un poco de reposo; el amor de la una le consolaba del desprecio de la otra, y recobrando la estima de sí mismo, encontraba fuerza para continuar su papel.

Aquel suplicio tuvo término por fin. La comedia se concluyó, y cuando al encontrarse entre bastidores, Sigognac, que se ahogaba, se quitó su máscara, sus compañeros quedaron admirados de la alteracion que habian sufrido sus facciones. El Baron estaba lívido, y se dejó caer como un cuerpo sin vida en un banco que allí habia. Viéndole próximo á desmayarse, Blazius le llevó un frasco de vino, diciendo que en casos tales nada era más eficaz que un trago ó dos del añejo; pero Sigognac hizo una seña indicando que sólo queria agua.

—Condenable régimen,—dijo el Pedante,—grave error dietético; el agua no conviene más que á las ranas, peces y cercelas, y de ningun modo á los humanos; en buena farmacia debería escribir en las botellas de agua: «Remedio para uso externo.» Yo me moriría súbitamente de vivo en vivo si tragase una sola gota de esta insípida humedad.

El razonamiento de Blazius no impidió al Baron que sorbiese un pote entero de agua. La frescura del breverage le rehazió completamente, y comenzó á pasear á su alrededor miradas ménos despavoridas.

—Habeis trabajado de un modo admirable y singular,—dijo Herodes acercándose al Capitan;—pero no conviene dejarse arrebatarse de tal manera. Semejante fuego os devoraria pronto. El arte del cómico consiste en economizarse y en presentar sólo las apariencias de las cosas. Debe él ser frio quemando las tablas y permanecer tranquilo en medio de los mayores arrebatos. Jamás actor ha representado tan al vivo el énfasis, la impertinencia y la locura del Matamoros, y si vos pudieseis dar siempre en esos efectos de improvisacion, os llevaríais la palma cómica.

—¿No es verdad,—respondió con amargura el Baron,—que he desempeñado bien mi personage? Yo me sentia á mí mismo por demás burlesco y bufon en la escena en que mi cabeza pasa á través de la guitarra que Leandro rompe sobre mi cráneo.

—De veras,—repuso el Tirano,—hacíais la facha más heteróclitamente furibunda y risible que imaginarse pueda. La señorita Yolanda de Foix, esa persona tan orgullosa, tan noble y tan séria, se ha dignado sonreír. Yo lo he visto con estos mis propios ojos.

—¡Qué felicidad para mí,—exclamó Sigognac, cuyas mejillas se tiñeron súbitamente de carmin,—haber divertido á esa beldad!

—Perdonad,—dijo el Tirano que se habia apercebido del bochorno del Baron.—Ese triunfo, que nos embriaga á nosotros, pobres cómicos de profesion, debe de ser indiferente á una persona de vuestra calidad, muy por cima de los aplausos, aunque sean ilustres.

—No me habeis incomodado, buen Herodes,—dijo Sigognac tendiendo la mano al Tirano;—es preciso hacer bien todo lo que uno hace. Mas no podia ménos de pensar que mi juventud habia soñado otros triunfos.

Isabel, que se habia vestido para la otra pieza, pasó cerca de Sigognac y le lanzó, antes de entrar en escena, una mirada de ángel consolador, tan llena de ternura, de simpatía,